

Tláloc y la ascitis

RESUMEN

En el mundo prehispánico la ascitis era un signo frecuente, resultado de la presencia epidemiológicamente significativa de alteraciones hepáticas y cardíacas. Así mismo, era importante su relación con Tláloc y los dioses y diosas de la lluvia y el agua. El cuerpo ascítico era entendido simbólicamente como un recipiente lleno de agua y se le atribuía la función específica de servir a Tláloc al ser portador de ésta. En el presente artículo analizamos el papel de Tláloc y sus deidades asociadas, como proveedores de agua y alimento. Describimos cinco diferentes tipos de representaciones plásticas de cuerpos llenos de agua, todos claramente asociados con Tláloc.

SUMMARY

Ascites has been a common pathological sign among prehispanic Mexican people, as a result from hepatic and cardiac ailments. In this sense it represents a significant epidemiological problem. But it also is important because is related to Tlaloc and the rain gods and goddesses. The hidropic body is a symbolic water container and have a special function: serve as a Tlaloc and related gods vehicle to transport the precious liquid. In this paper we analyze the Tlaloc role as water and alimentary substances provider and his capital importance for people survival. We also describe five different plastic ways to represent water in the body, all of them with clear relationship to Tlaloc.

Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México, Distrito Federal, México

Comunicación con:
Carlos Viesca-Treviño.
Tel.: (55) 5529 9741.
Correo electrónico:
carlosviesca@yahoo.com

Recibido: 19 de mayo de 2009

Aceptado: 25 de mayo de 2009

Introducción

El estudio de la enfermedad en épocas pretéritas ha sido siempre tema de interés para médicos, arqueólogos y antropólogos, y a través del tiempo se han desarrollado diversas maneras de abordarlo, poniéndose énfasis en el reconocimiento de enfermedades en otras épocas y culturas, el señalamiento de signos y síntomas provistos de una importancia particular tanto en el terreno de lo biológico como en el de lo simbólico, o en el reflejo estilístico de las representaciones patológicas.

En el presente trabajo, basado en las preguntas que nos suscitó la observación de rasgos que pudieran corresponder a enfermedades en piezas prehispánicas relacionadas con Tláloc, las deidades del agua y su culto, identificamos algunos que permiten sospechar ascitis o anasarca. Así, tratamos de reunir y describir un número razonable de piezas, a fin de llevar a cabo consideraciones de carácter arqueológico, como la descripción minuciosa de cada

una, buscando individualizar sus formas, alteraciones y atributos y elementos particulares que permiten su caracterización, tanto en sus representaciones convencionales como en las variaciones, mediante las cuales se pueden distinguir las diferentes personalidades de una misma deidad y entre unas deidades y otras. Con esta intención analizamos y tipificamos las piezas localizadas, agrupándolas conforme sus características comunes.

Como señalamos, un común denominador para seleccionar las piezas fue la presencia de alteraciones somáticas, de manera que el problema por resolver no se circunscribió a la identificación de los dioses de la lluvia y sus atavíos y características, sino se centró en la consideración de rasgos que orientaran a la constatación de alteraciones, de preferencia patológicas. Desde el punto de vista médico se intentó proponer consideraciones diagnósticas.

A fin de dar sentido a la elaboración de los diagnósticos, recurrimos a la herramienta teórico-metodológica conocida como iconodiagnóstico. En 1998,

Palabras clave

ascitis
Tláloc
historia de la medicina
medicina tradicional

Key words

ascites
Tláloc
history of medicine
medicine, traditional

Mirko Grmek señaló el valor que tiene para la configuración de una imagen integral de la salud en culturas históricas, la consideración de las alteraciones y patologías representadas en las figurillas, la escultura y la pintura procedentes de ellas.¹ Para él, la representación de anomalías y estados patológicos cumple con dos funciones primordiales: es un texto en el que es posible la identificación de problemas de salud que afligen a una población en un tiempo y espacio determinados, a la vez que es una vía de acceso a las razones que movieron a los seres humanos en esos momentos a representar específicamente dichas alteraciones. Para Grmek, lo más importante era lograr una visión lo más amplia posible del estado de salud y de las enfermedades que afligían a una población dada —es conveniente no olvidar que se refirió a las culturas clásicas europeas—, rasgo general al que denominó *patocenosis*.² Este concepto, si bien cercano, no es sinónimo de epidemiología, pues no pretende tomar en cuenta prevalencias estadísticas, sino busca poner en realce los factores que hicieron que un problema determinado hubiera sido representado con preferencia a otros.

Por supuesto el iconodiagnóstico es siempre hermenéutico, tiene un índice considerable de incertidumbre, dado que no se puede corroborar directamente ya que no hay paciente sino representaciones de éste, y, además, siempre conlleva la posibilidad —para nosotros obligación— de intentar el establecimiento de un diagnóstico desde el conocimiento y la perspectiva de nuestra propia cultura para de inmediato reemprender el intento, esta vez buscando los elementos interpretativos en la cultura de la cual procede la pieza.

Como parte final y sustancial del estudio nos propusimos hacer un análisis de los significados de los rasgos característicos observados y descritos, tanto en el sentido de la identificación de deidades y sus características, como de las lesiones. Esta vertiente hermenéutica del trabajo tiene como fin indagar acerca del sentido inmediato o simbólico de determinadas enfermedades. En este caso particular seleccionamos un grupo de vasijas y figurillas que representan a Tláloc y a otros dioses de la lluvia u otros seres relacionados con él, observándose que muchas hacen pensar que contienen agua, lo cual resulta evidente ya que estos dioses son quienes controlan y distribuyen el precioso líquido.

Tláloc y los dioses del agua

Tláloc, como todos sus congéneres, tenía injerencia en la vida de las personas. La acción de la divi-

nidad en el espacio del centro del universo, que en la cosmovisión prehispánica mesoamericana es donde habitaban los seres humanos, por supuesto no era arbitraria. Cada aspecto de la cotidianidad encontraba una particular relación dialéctica entre las divinidades y los seres con los que interactuaban:

...los antiguos nahuas creían que los poderes de la tierra y el agua se manifestaban sobre la tierra en el alimento, en la energía vital, en el crecimiento, en la reproducción, en el contagio y en la muerte.³

De tal manera, Tláloc aparece a los ojos modernos como un dios que “hacía llover”. Sin embargo, es más complejo. Aparece desde tiempos muy tempranos de la evolución cultural en Mesoamérica, siempre relacionado con el agua de lluvia, pero también, sobre todo en los orígenes, con el sol, elemento insustituible para la fertilidad en el mundo vegetal. Tláloc era apelado consistentemente como *Tlamacazqui*, epíteto relacionado con la capacidad y función de otorgar agua y alimento.⁴ En este sentido, Tláloc es el señor de los mantenimientos, de todo tipo de subsistencia. Ésta es la esencia de la figura representada en los murales de Tepantitla, donde de sus manos surge una corriente de agua en la cual van los gérmenes de las distintas formas de vida. En el texto castellano del *Códice Florentino* se le define como “dios que habita en el paraíso terrenal, y que da a los hombres los mantenimientos necesarios para la vida corporal...”⁵ En ese mismo texto se refiere que es él quien daba las lluvias “para que regasen la tierra”. Otras actividades como enviar el granizo, hacer y mandar los relámpagos y los rayos y las tempestades, aún siendo propias de la misma divinidad, salen del marco de nuestros intereses en este momento.

Los nahuas prehispánicos pensaban que la lluvia procedía de las aguas almacenadas en el interior de las grandes montañas, de donde pasaba a las nubes en forma de lágrimas celestiales. Es por ello que en las fiestas dedicadas a Tláloc en el mes llamado *Atlacahualo*, el primero del año para ellos y correspondiente en términos generales a febrero, se sacrificaban niños en las cumbres de los montes y se creía que entre más lloraran, más lluvia acarrearían sus lágrimas.

En algunas escasas representaciones Tláloc se relaciona con las aguas corrientes, serpenteantes, aunque lo más frecuente es que este tipo de aguas haga referencia a su consorte, Chalchiuhtlicue. Ella es la diosa del faldellín de las aguas preciosas. Se le consideraba la señora de las aguas del mar y los ríos, y de ella se decía que era deidad de los mantenimientos, como lo era Tláloc, permitiendo y pro-

moviendo que la gente común viviera y se multiplicara.⁵

El grupo se completaba con los tloques, seres de las aguas, ayudantes de Tláloc para conducirlos y llevarlas a los sitios precisos donde se deben de almacenar y distribuir, para fabricar y lanzar los rayos y centellas, para cuidar y vigilar los lugares propios de todos ellos y mantenerlos libres de intromisiones molestas, en fin, para ser sus mensajeros y cumplir sus órdenes específicas. Ellos moraban en las cumbres de los montes, especialmente los que se cubren de nubes, y por las cuevas y oquedades subían de allí al Tlalocan, el paraíso de Tláloc.

En su primera aproximación a la religión prehispánica, Sahagún identificó a los tloques con los montes mismos que habitaban. Dos de ellos, Napatecutli y Opochtli, son individualizados con un nombre propio, aunque el primero se relaciona directamente con un cerro que era designado con su mismo nombre y corresponde al Cofre de Perote; otros nombres se han olvidado y algunos más simplemente daban y tomaban el suyo del cerro en el que vivían, como los del Popocatepetl, de la Sierra Nevada o del Poyauhtécatl. Este último no ha sido identificado con seguridad, habiendo varias propuestas para ello; de acuerdo con Brotherson y Broda, sería el actual Pico de Orizaba, aunque es de recordar que su nombre habitual es Citlaltépetl;⁶ nosotros hemos propuesto, también, siguiendo a Alva Ixtlilxóchitl, la posibilidad de que se trate del mismo monte de Tláloc, localizado en las estribaciones de la sierra que van hacia el lago de Texcoco, ya que los llanos que lo separan del área de Coatlinchan eran conocidos como Poyauhtla.⁷ La homonimia, a nuestro parecer, procede de que el término se refiere al lugar en el cual las nubes se convierten en lluvia, por lo cual es posible que hubiera varios sitios así denominados, correspondiendo a los cerros con cimas cubiertas de nubes por los que se accedía al Tlalocan.

Las deidades del agua y las actividades humanas

Chalchiuhtlicue y los tloques estaban íntimamente relacionados con algunos quehaceres. Veneraban especialmente a la diosa quienes vendían agua llevándola en sus canoas y aquellos que en los mercados la vendían en tinajas.⁵ Este tipo de comercio era una de las maneras más frecuentes y extendidas de distribución del agua potable en las ciudades lacustres de México, ya que el agua de manantial que llegaba por el acueducto de Chapul-

tepec no era suficiente. Era proverbial la negrura del agua en el interior de los cántaros, que reflejaba los objetos que asomaban a su boca como si fuera un espejo de obsidiana. A Opochtli adoraban en particular los que fabricaban las redes para pescar y las armas para matar peces y lazos para matar aves acuáticas, así como “los remos para remar...”,⁵ mientras que Napatecutli inventó el arte de hacer esteras, petates y los asientos llamados *icpallii*, todo ello de juncias, y era el patrono de quienes los fabricaban.⁵

Todos los objetos y las actividades relacionadas con ellos tenían claramente una relación con el agua de los lagos y sus orillas. Retengamos con fines del análisis que presentaremos en páginas posteriores, la imagen de los vendedores de agua, quienes cargaban sus cántaros, sea abrazándolos con ambos brazos por delante del cuerpo, sea cargándolos sobre la espalda sosteniéndolos con ambas manos y a veces recurriendo también al apoyo de un mecapan.

Las gentes de Tláloc

Tláloc y las deidades relacionadas con las aguas tenían diferentes maneras de relacionarse con los seres humanos y de distinguir a quienes les eran más cercanos. De hecho, los dioses eligen a los hombres que los representen en la tierra. Éstos pueden ser sacerdotes, individuos dotados de poderes chamánicos o portadores de cualidades especiales, algunas de las cuales corresponden a enfermedades o alteraciones.

Dejando de lado a sacerdotes, curanderos y chamanes, enfocaremos nuestra atención en las personas que se convierten en manifestación de las deidades a causa de las enfermedades o alteraciones que sufren. Estos mismos dioses podían decidir acerca de si los seres afectados sanarían o morirían finalmente a causa del mal que les habían producido, el cual podría convertirse en un beneficio al trocarlos en seres señalados por ellos y, por lo tanto, destinados a un fin que no era común a todos los humanos. Un ejemplo indicativo es el de quienes eran “golpeados por el rayo”. Los que morían debido a ello no seguían el camino común de los muertos sino iban directamente al Tlalocan, mientras que quienes sobrevivían estaban llamados a aceptar una misión particular: ayudar a los seres de las aguas a controlar los fenómenos naturales, hacer que hubiera buenas cosechas o que se destruyeran las de quienes no estaban en buenos términos con los dioses, cambiando la lluvia benefactora por granizo. Tendrían, así mismo, la fun-

ción de dirigir, desviar o evitar los aires. En principio, también serían los llamados a curar las enfermedades enviadas por Tláloc y los tlaloques, es decir, las relacionadas con el agua y el frío. No obstante, con frecuencia aprenderían a manejar otras patologías, haciendo pensar que en estos casos los dioses del agua mantienen su acepción de prodigadores de todos los “mantenimientos” y, por lo tanto, les corresponde velar por el correcto desarrollo de la persona en cuestión, incluyendo su salud.

Los textos nahuas del siglo XVI señalan que se debían hacer votos a Tláloc y los tlaloques cuando se corrían peligros tales como ahogarse en ríos o en el mar o se padecían enfermedades relacionadas con el frío y la humedad, como la gota de manos o pies, el tullimiento de “algún miembro o de todo el cuerpo”, “el envaramiento del pescuezo o de otra parte del cuerpo, o encogimiento de algún miembro, o el pararse yerto”.⁵ Otra enfermedad que sería resultado de la manifestación de Tláloc es la acumulación de agua en el cuerpo de una persona. Las posibilidades son varias y van desde quienes se ahogaron y obviamente se llenaron de agua, a los hidróticos, cualquiera que fuese la causa de ello.⁸ Abundando en los términos nahuas empleados en el Códice Florentino, *teponaoacivi* y *popoçaoaliztli quinvica*, tenemos que sus significados directos son “el que se hincha del vientre” y que se muere tras ponerse gordo como un hidrótico,⁹ y la “hinchazón del vientre por beber”.⁴ El verbo *teponaçoa* significa ponerse gordo como hidrótico, se puede directamente relacionar con el sugerido por fray Alonso de Molina en su diccionario: *popoçaualiztli*, el cual se traduce como “hinchazón de esta manera”, en lo que no toma en cuenta el *quinvica*, que refiere al acto de beber.

Lo que nos están significando los autores que recopilaron diccionarios en el siglo XVI es que estas personas enferman, hinchándose, y mueren a causa de enfermedades relacionadas con el beber. Sin embargo, yendo en las mismas fuentes a buscar la palabra náhuatl que significa hidrótico, el asunto se complica pues no mencionan ninguna de las anteriores sino un grupo de términos como *iteua* (ventrudo)⁹ e *itexiui* (hidrótico, glotón),⁹ con lo cual se reúne la acumulación de agua en el vientre con la obesidad y la glotonería; lo anterior es perfectamente congruente con los términos que da Molina, como *xuixcol* (glotón),⁴ y los que denotan la relación del comer, ponerse panzón y la hidropesía: *ytixiuiliztli*, *ytexiuztli* e *ytexiui*.⁴ Lo anterior tiene importancia al permitir la asociación no solo con el portar agua en el odre del vientre, sino también con la acumulación de “los manteni-

mientos” en el mismo sitio, evocando que Tláloc no solo provee de agua sino también de alimento y que en el Tlalocan precisamente va a haber abundancia de todo ello.

Cabe explicar que no pensamos que el arte de las culturas prehispánicas haya tenido el mismo sentido y significado de lo que hoy en día entendemos como tal. La expresión plástica del México prehispánico va siempre en el sentido de la búsqueda de significados y de abrir la posibilidad de identificación de significantes. De tal manera, lo que se pretende aquí es identificar la relación entre patologías representadas en vasijas o figurillas con las enfermedades de Tláloc, y señalar la presencia en ellas de significantes religiosos válidos en esa época.

Se sabe, además, a dónde se dirigían estas personas al morir. De acuerdo con las fuentes citadas por López Austin, al Tlalocan van...

...los que han sido golpeados por el rayo, los ahogados, los que murieron en el agua, y ellos, los que tienen la enfermedad divina [los leprosos], el buboso, el tumoroso, el jiotoso, y el que tiene podre, el paralítico. Y [los tlaloque] se llevan [allá] al lleno de hinchazones, al que muere hidrótico.⁸

Entonces, el dios Tláloc señalaba a ciertos individuos y se manifestaba en sus cuerpos mediante rasgos particulares o alteraciones, que eran las mismas que les garantizaban su acceso al Tlalocan tras la muerte. En este caso, insistimos, nos interesa señalar a “aquél que muere hidrótico”, porque esta sería una manifestación divina identificable en el cuerpo humano e indudablemente derivada de la acción de Tláloc y los dioses con él relacionados.

El problema que aquí nos ocupa es precisamente la representación de enfermos hidróticos y el significado que dichas representaciones tenían. Es un hecho que en las culturas prehispánicas mesoamericanas existía un interés en representar al ser humano en las diversas facetas de su vida y, a través de ello, en su relación con lo sagrado y el mantenimiento del orden cósmico. En este sentido es como proponemos la revisión de representaciones de los cuerpos enfermos debido a la acumulación de agua en su interior.

Dentro de los materiales arqueológicos que hemos revisado se encuentran diversos tipos de vasija contenedoras de líquidos, en cuyas formas se puede leer un contenido simbólico, en particular la asociación entre el portar o contener agua y la presencia de signos que relacionen la vasija y su contenido con los dioses de la lluvia y las aguas corrientes.

Vasijas Tláloc. El culto al agua

De acuerdo con Sahagún y la interpretación de López Austin, se entiende el Tlalocan como el sitio donde se generan las aguas y los cerros como contenedores de éstas, es decir, por fuera son cubiertos por tierra y por rocas; por dentro son equiparables con una gran olla, un contenedor de gran tamaño saturado de agua.⁸ Por otro lado, como ya hemos mencionado, los tloques cumplían las órdenes de Tláloc, entre las que se encontraba el traslado de los jarrones que contenían el agua de lluvia, para después provocar la misma. Ambas ideas son parte fundamental para entender el culto al agua, así como para comprender e interpretar las representaciones plásticas relacionadas con él.

Veamos las características de las representaciones que hemos identificado. Un primer tipo puede ser expresado por una vasija-efigie antropomorfa procedente del altiplano central, del periodo Preclásico, cuyo cuerpo es globoso y de cuello alargado, las extremidades inferiores y superiores forman parte del cuerpo de la vasija, el rostro claramente definido forma parte del cuello de la misma, los ojos y las orejas simulan chalchihuites, de estos últimos sabemos que para los antiguos mesoamericanos significaban el líquido precioso; así mismo, la boca de los recipientes reproduce, vista desde arriba, la forma de un *chalchiuilitl*.

Este tipo de figuras constituye la transición entre la simple representación del dios y la puesta en evidencia de sus funciones, en este caso, la del transporte del agua a los sitios donde se le necesita.

Tláloc como portador de las aguas y los mantenimientos

El propio Tláloc carga objetos en algunas ocasiones. Un fragmento de pintura mural proveniente del conjunto de la Zona Arqueológica de Teotihuacan, muestra a dicho dios llevando en sus espaldas un cesto conteniendo mazorcas de maíz de diferentes colores, apoyado en su parte inferior en un sostén que se recarga en el dorso de la deidad. De la misma manera, los aguadores cargan las tinajas con agua, estableciendo una estrecha relación entre el cuerpo que carga y el objeto cargado. En el caso de estos últimos, algunas veces se puede apreciar un *mecapalli*.

En una vasija se representa a Tláloc, quien con ambos brazos sostiene un vaso que se encuentra en la parte posterior de su cuerpo y sobrepasa su tamaño (figura 1). El personaje porta un tocado.

En el brazo derecho soporta posiblemente un bastón de mando, que tiene la forma de una serpiente con la cabeza dirigida hacia abajo. El atavío consiste en una banda diagonal que va del hombro derecho a la axila izquierda, cuya parte superior consiste en una franja de chalchihuites, muy posiblemente ojos celestes, de la cual cuelgan unos cuerpos alargados que parecieran brotar uno de cada chalchihuite y se dividen en dos franjas, una diagonal siguiendo exactamente la dirección de toda la banda, y la inferior que se hace horizontal. En su centro aparecen dos formas que corresponden a los colmillos de Tláloc, los cuales también están representados en la boca de la figura. Pudiera tratarse de una representación de las aguas: en la parte superior las celestes, con los colmillos al centro que alcanzan a la franja inferior, que pudiera ser la de las aguas de la superficie de la tierra. De tal manera, el dios podría ser el portador del gran recipiente del que surgen las dos aguas, las que corren por los cielos inferiores y las que van sobre y en el interior de la tierra. En este caso particular, lo que está representado es la función del dios, quien carga y deja caer las aguas, pero no las convierte en parte sustancial y orgánica de su cuerpo.

Otras dos vasijas, una de obsidiana procedente de Texcoco, Estado de México, del Posclásico tardío (1250 a 1521) y otra de la región de la costa del Golfo (figura 2), representan monos y ofrecen una variable que resulta de interés. En el primer caso, un mono negro, la vasija y el cuerpo hacen uno. La



Figura 1. Vaso-efigie tolteca, del periodo Posclásico temprano (850-900 a 1250 d. C.)

cola del mono, enrollada en la parte superior del recipiente funge como mecapal. En ambos casos, las piernas se aprecian flexionadas y haciendo fuerza, como si sostuvieran un gran peso. Tanto Tláloc, como ambos monos, son portadores de agua.

Un paso más en la integración recipiente/cuerpo se aprecia en una vasija teotihuacana. En ella, vasija y cuerpo son una sola y misma forma, de cuya parte anterior surge la cabeza, con un gran edema palpebral, que pudiera recordar las “anteojeras” de Tláloc (figura 3). Aparentemente tiene una deformación craneal tabular erecta. En el cráneo se observan dos círculos en bajo relieve situados en las partes anterolaterales, así como una protuberancia en la parte superior derecha, sobre la cual se nota otra menor, ambas dirigidas hacia fuera respecto a la línea media. Del mismo cuerpo-vasija salen las cuatro extremidades sumamente delgadas, dando incluso la impresión de estar atrofiadas. Al convertirse la vasija en cuerpo o viceversa, el vientre también se representa globoso, continuando la circunferencia del recipiente, lo cual no sucede en ninguno de los monos referidos.

Lo mismo puede decirse de otra pieza, también teotihuacana del tipo de cerámica anaranjada delgada, la cual representa a una mujer, en quien se

aprecia la misma conversión del cuerpo en recipiente. En estos dos casos, ya no solo se puede hablar de portadores de recipientes de agua, sino de vientres llenos de agua. Estas imágenes llevan a pensar que cuando el cuerpo se convierte en recipiente de agua, en el terreno de lo divino se relaciona con o deriva de Tláloc, y en términos de lo humano es expresión de un síndrome ascítico.

Otra pieza procedente de la cuenca de México pudiera considerarse la contraparte de las mencionadas; la figura carga el recipiente frente a ella, abrazándolo sobre sus piernas dobladas y apoyadas por su cara externa en el piso (figura 4). En este caso, las dos son independientes y remiten nuevamente a los seres portadores de agua. Debemos resaltar que aunque el cuerpo es independiente de la vasija, el tamaño de ésta corresponde a la medida del tronco del cuerpo del personaje, y vista de lado se continúa con él.

El cuerpo hidrópico

En el siglo XVI, cuando una persona acumulaba en su el cuerpo líquido a causa de ciertos padecimientos, se le llamaba hidrópico e hidropesía a su mal. Señalamos lo anterior, ya que éste es el término empleado en los textos de los informantes de Sahagún. La acumulación de líquido se produce como consecuencia de algunos padecimientos, principalmente la cirrosis hepática de etiología alcohólica, problemas cardíacos, renales y casos graves de desnutrición. Para el observador moderno, la distribución del líquido acumulado puede ser de gran importancia para considerar elementos que permitan proponer un diagnóstico diferencial. Por

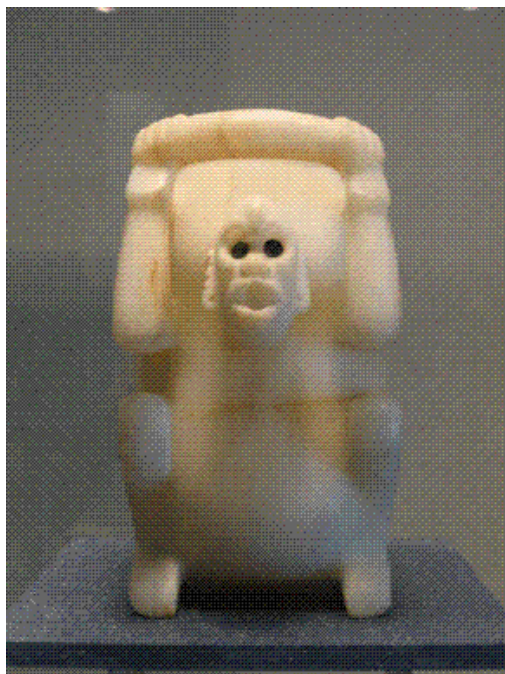


Figura 2. Vasija procedente de Tecalli, cuya temporalidad no ha sido especificada

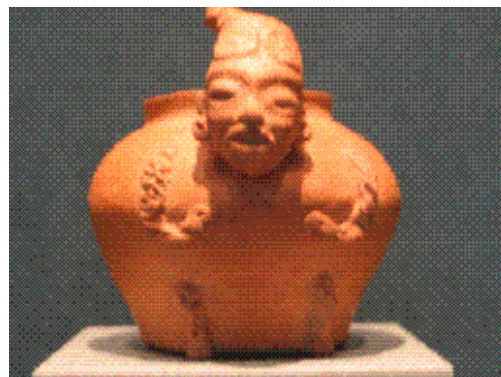


Figura 3. Vasija de cerámica anaranjada delgada proveniente de la cultura teotihuacana, cuyo esplendor se dio en el periodo clásico

ejemplo, en la cirrosis hepática se observa el vientre abultado y tenso y con cierta frecuencia no existe hinchazón en los miembros inferiores; en los padecimientos renales es común encontrar edema palpebral y los ojos abotagados. Sin embargo, en México prehispánico todas éstas eran entendidas como enfermedades manifestación de los poderes controladores del agua, es decir, de Tlálloc.

Por ejemplo, una figurilla antropomorfa en posición sedente, cuyas extremidades inferiores están dispuestas en una posición coloquialmente llamada “de mariposa”, presenta un vientre abultado y las extremidades superiores descansan sobre éste (figura 5). La cabeza se inclina ligeramente hacia el frente y lleva puesto una especie de tocado plano dispuesto en forma de un triángulo con su vértice en la parte media de la frente. Porta un collar liso. En el rostro se distinguen las hendiduras palpebrales, al parecer edematosas y su boca aparece semiabierta, dando la impresión de dificultad para respirar. El rostro aparece pintado de color negro, con excepción de la nariz y la boca.

Otra de las figurillas en las cuales es evidente la presencia de ascitis se encuentra también en la Sala del Golfo del Museo Nacional de Antropología y comparte características con la recién descrita: el abdomen globoso permite que se asienten sobre de él, rodeándolo, brazos y piernas, los cuales son muy delgados.

No podemos evitar incluir representaciones zoomorfas en las vasijas. Una de ellas, quizá la más significativa es la de un conejo, ubicada en la sala del Golfo en el Museo Nacional de Antropología.

Su interés particular reviste en que, además, de ser un portador de agua en su cuerpo y particularmente en su vientre, el conejo está asociado con la luna y los dioses del pulque, y la embriaguez resultante de beberlo, cuyas múltiples formas son caracterizadas por el concepto de los cuatrocientos —innumerables— conejos. Es también digno de tomar en cuenta la relación causal entre beber pulque en demasía por largos periodos de tiempo y la presencia de ascitis.

Otra más se trata de un mono en posición sedente, de frente, que mantiene la extremidad pélvica derecha flexionada en ángulo de 45° y descansando sobre el piso, en tanto que su mano homolateral descansa sobre su rodilla (figura 6). La extremidad pélvica izquierda, flexionada sobre el vientre, se sostiene apoyando su pie sobre el pie derecho. La extremidad superior izquierda descansa sobre la rodilla del mismo lado apoyando la muñeca en ella y dejando caer la mano por el frente. Se aprecian sus genitales masculinos. Su rostro es expresivo, entre burla y sorpresa; el vientre es globoso, ascítico, y su cola, hueca, sirve de vertedero. Como único ornamento lleva un collar largo, que llega hasta la punta del esternón.



Figura 4. Periodo Preclásico

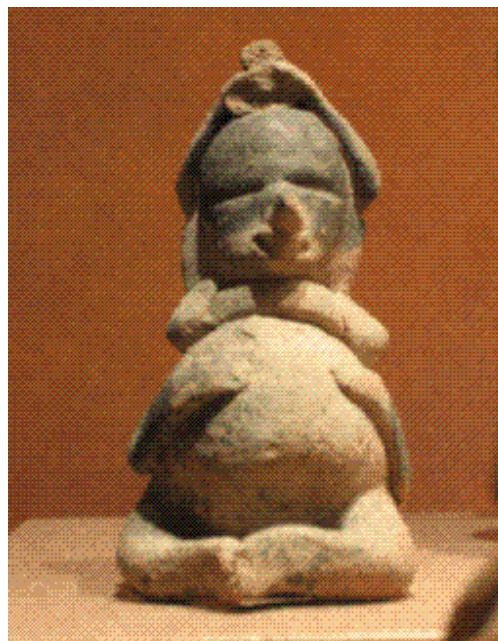


Figura 5. Pieza del Preclásico medio, exhibida en la Sala del Golfo del Museo Nacional de Antropología

No solamente son monos o conejos quienes son representados como ascíticos, existe también la figurilla de un murciélago que presenta la misma condición.

Es importante diferenciar el aumento de volumen debido a la presencia de líquido en la cavidad abdominal con otras situaciones en las que esta parte del cuerpo puede apreciarse voluminoso, como en el embarazo o las representaciones de personajes obesos, lo cual no representa mayor complicación dado el detalle con que son reproducidas las características propias de estas condiciones, como serían, por ejemplo, las mamas en el primero, y el grosor de brazos y piernas y a veces los pliegues en diferentes parte del cuerpo de los últimos.

Comentarios finales

Es evidente que en la plástica mexicana prehispánica se expresa la relación entre Tláloc, los seres del agua y la lluvia y los humanos que fueron señalados por estas deidades como seres pertenecientes a ellas. El simbolismo del cuerpo como recipiente portador de agua tiene una importancia fundamental en la religión de culturas agrícolas en las que la subsistencia estaba íntima y directamente relacionada con la distribución del preciado líquido. De tal manera, se eslabonan las vasijas y figurillas aquí presentadas, siempre portadoras de agua pero diferenciadas en pri-



Figura 6. Pieza expuesta en la Sala del Golfo del Museo Nacional de Antropología

mer lugar por la representación de tinajas y quienes las cargan, y en segundo en aquellas en las que el cuerpo mismo se convierte en el contenedor y, por lo tanto, no puede dejar de ser hidrópico o ascítico. La representación de las piernas, delgadas, sin edema, permite pensar, médicamente, que se trate de pacientes cirróticos y, estéticamente, que son entendibles como elementos de sostén del vientre/odre sumamente pesado por su contenido acuífero.

Así, la ascitis, independientemente de la enfermedad que la provoque, se convierte en una condición "sagrada", entendida como enfermedad *per se* en las culturas indígenas prehispánicas. El ascítico, entonces, es un ser de Tláloc y representación del fluir de las aguas en los diferentes niveles del cosmos.

Referencias

1. Grmek M, Gourevitch D. Les maladies dans l'art antique. Genève-Lyon: Fayard, Penser la Médecine; 1998. p. 27.
2. Grmek M. Les maladies a l'aube de la civilisation occidentale. Paris: Payot; 1983. p. 15.
3. López-Austin A. Cuerpo humano e ideología. Tomo I. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM; 2000. p. 171.
4. Molina A. Vocabulario en lengua mexicana y castellana y mexicana y castellana, en casa de Antonio de Spínosa 1571. Tercera edición facsimilar. México: Porrúa Editores, Biblioteca Porrúa 44; 1992. f. 50r, 125r.
5. Sahagún B. Historia general de las cosas de Nueva España. Tomo I. México: Conaculta/Alianza Editorial Mexicana; 1989. p. 38, 43, 54, 59, 61.
6. Brotherson G. Los cerros Tláloc: su representación en los códices. En: Broda J, Beatriz A, coordinadoras. Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígena de Mesoamérica, México: El Colegio Mexiquense/Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México; 1997. p. 25-48, 49-90, 59.
7. Alva-Ixtlilxóchitl F. Obras Históricas. II Tomos. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, Serie de Historiadores y Cronistas de Indios; 1977, p. I, 296, 348, 532 y 534; II, 15, 30-31 y 297.
8. López-Austin A. Tamoanchan y tlolocan. Tercera reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica; 2000. p. 183. Traducción del autor, Códice Florentino, libro III, ap., cap. II, fol. 27v-28v; libro XI, cap. XII, párrafo 1, fol. 223.
9. Rêmi S. Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana, México: Siglo XXI; 1977. p. 204, 205, 500.